



DON IGNACIO MARTINEZ

Este insurgente hizo una rapidísima y rara carrera que en breves líneas vamos á reseñar.

Fué originario de Querétaro, donde nació, según declaró él mismo, el año de 1794, é ingresó á la revolución en 1810, cuando acababa de cumplir diez y seis años; la causa de que en tan temprana edad diese ese paso, no fué únicamente el entusiasmo por la causa nacional, sino más bien el influjo decisivo que sobre él ejercía Don Ignacio López Rayón, á expensas de quien parece que vivía, y que estaba casado con una hermana de dicho Martínez. Esta fué la causa determinante de su rápida carrera, pues no consta que adquiriese sus grados en los campos de batalla, como otros muchos.

Hizo con su cuñado ó hermano político,

como se dice ahora, toda la campaña desde Aculco hasta Guadalajara y el Saltillo, y estuvo en la retirada á Zacatecas, donde se encargó de la Intendencia del ejército, cargo que no volvió ya á abandonar, pues ya sea porque tuviese aptitudes para ello, ya porque á Rayón le conviniese tenerlo en aquel puesto, es lo cierto que lo conservó en ese ramo y lo hizo Visitador. Sin embargo, le dió grado militar, y ya en la reunión habida para instalar la Junta de Zitácuaro, figura con el carácter de Mariscal; era indudablemente el militar de alta graduación más joven que figuraba en el ejército independiente, pues ni Morelos dió ese grado á su hijo, Don Juan Almonte.

Con el título de Visitador, bastante quehacer dió á todos los insurgentes, sin excluir al mismo Morelos, pues enviado por la Junta en Diciembre de 1811 á Taxco, quería atribuirse la gloria de la ocupación de ese punto, la que pertenecía á Galeana, y apoderarse del botín capturado, del que ya había disipado trescientas cargas; hubo necesidad de que Morelos se presentase en persona en Taxco para cortar discusiones, y que con cajas destempladas enviase á Martínez á Tlalchapa, á donde se había refugiado la Junta. No por eso escarmentaron ni Rayón ni su Visitador, el que después de haber tenido enojosas discusiones con Don Mariano Ortiz y otros jefes a

Sultepec, fué enviado á Zacatlán á reclamar á Osorno la parte del botín que correspondía á Rayón, del botín quitado en Pachuca á los realistas por Beristain; Osorno lo trató muy mal, pero le entregó diez y seis barras de plata, y además, Martínez consiguió interceptar en el camino algunos efectos, con los que se presentó en Tlalpujahua. Todavía acompañó á su cuñado en la expedición que hizo á Huichápam para sondear á los Villagrán; quiso allí, como en todas partes, exigir cuentas, pero fué enviado á noramala por Francisco de aquel apellido, el que lo tuvo preso; acaso lo hubiera fusilado, como dice el diario del Secretario de Rayón, si no hubiera encomendado su salvación á la fuga, "valiéndose de la embriaguez y excesos en que aquellos hombres perversos estaban sepultados."

En Tehuacán (Noviembre de 1812), tuvo sus diferencias con Matamoros, en realidad, porque no quería entregar las barras de plata que de lo de Pachuca correspondían á Morelos, y su conducta dió motivo á una larga correspondencia: mientras Rayón decía de su Visitador que era "de genio activo y eficaz y muy á propósito para obligar á los subalternos á que guardasen la debida subordinación," Morelos por su parte, decía de él: "No hay duda que si el carácter de este sujeto, más propiamente llamado y generalmente reconocido por or-

guloso, venal, díscolo y arrogante, no fuese igualmente tan criminal, pudiéramos esperar á lo menos el que cumpliese á los insubordinados é indolentes, á cumplir con su deber. Pero como todas estas nulidades concurren en él en tan alto grado, de suerte que le han concitado el odio general de todos, yo por mi parte aseguro á V. E., con toda la sinceridad de que soy capaz, que para mí y para cuantos lo conocen ó saben de él, no hay hombre más detestable ni puedo menos que sorprenderme, al ver su credencial." Ante esta declaración tan perentoria seguida de otras en las que Morelos no disimulaba su disgusto, Rayón hubo de llamar á su cuñado, el que por entonces dejó el Oriente y fué al Occidente, donde no había muchas cuentas que tomar á los guerrilleros del rumbo.

Sin embargo, no desistió de su idea y lo llevó al Congreso de Chilpancingo con el carácter de acompañante, pero como allí no se manejaban fondos, no tuvo ocasión Martínez de indisponerse con nadie; no obstante, el Congreso utilizó sus servicios, que no fueron grandes, y cuando Rayón pasó á encargarse del mando de Oaxaca en 1814. llevó á su cuñado y allí acreditó su incompetencia, pues dejó que se dilapidasen los fondos y efectos del ejército insurgente, que eran valiosos; por algún tiempo la historia no se ocupa de Martínez, por lo que se ig-

nora si siguió en el Oriente ó volvió al Sur, y lo único que consta después, es que todos los insurgentes se quejaban de él y que en Uruápam fué nombrado (Diciembre de 1814), Intendente general, por lo que, de acuerdo con la Constitución de Apatzingan, debía tener á su cargo casi toda la administración de la Hacienda pública, pero fueron tantos los abusos que cometió, que el mismo Congreso se vió obligado á suspenderlo en su empleo, y para solicitar su reposición fué á Tehuacán cuando el Congreso llegó allí. Ayudó entre tanto á la expulsión de los frailes carmelitas, medida que disgustó á Terán, y protegido por Alas, consiguió verse repuesto en su cargo de Intendente, con lo que lleno de soberbia se presentó en las oficinas recaudadoras á exigir cuentas y á remover empleados, todo esto con el trato duro y brusco que le era genial. Terán, queriéndose mostrar conciliador aún, se quejó al Congreso; Martínez entonces á su vez acusó á Terán y á sus empleados, de ocultar los fondos; origináronse contestaciones y este incidente no fué de los que menos influyeron en la resolución que tomó aquel jefe de disolver el Congreso.

Martínez tuvo que tomar una vez más el camino de Michoacán, donde llevó una existencia obscura, siguiendo la mala fortuna que ya no se separaba de Rayón. Cayó prisionero con éste y lo acompañó en la pri-

sión, sin que en sus declaraciones comprometiese en nada al que todo se lo debía. Cuando se sobreseyeron todas las causas, quedó en absoluta libertad, y parece que en nada contribuyó á la revolución de Iturbide; la Junta de recompensas le reconoció sus servicios, le dió el grado de General de Brigada y lo recomendó al Gobierno, que lo utilizó en diferentes empleos, uno de los cuales fué el de Gobernador del Distrito Federal en 1837. Por sus groseros modales y desagradable fisonomía, se le conocía con el apodo de "El Macaco," pues se dice que se asemejaba á los monos de esa clase. Falleció, según referencias, en Toluca.



CARLOS MARIA DE BUSTAMANTE

Este distinguido escritor y célebre insurgente, no podía faltar en esta galería.

Nació en Oaxaca el 4 de Noviembre de 1774: su padre, Don José Antonio Sánchez de Bustamante, español de nacimiento, fué casado cuatro veces, y nuestro Don Carlos fué el primogénito de su segundo matrimonio con Doña Jerónima Merecilla y Osorio, que le dejó huérfano á la edad de seis años, y su niñez fué bastante enfermiza. A los doce años de edad comenzó á estudiar gramática latina en el estudio particular de Don Angel Ramírez, y luego pasó á cursar filosofía en clase de capense al Seminario de Oaxaca; su maestro Don Carlos Briones era tan metafísico como el P. Goudín, por quien enseñaba, y Bustamante sin poder aprender nada de aquellas sutilezas en el primer año, entró á examen y fué re-

probado por todos los votos. Estimulado por la ignominia de esta reprobación y por las severas reprensiones de su padre, se aplicó al estudio con empeño en el segundo año, y su trabajo fué mucho más fructuoso, pues obtuvo una sobresaliente calificación. Con ella pasó á México y se graduó de bachiller en Artes: vuelto á su patria estudió Teología en el Convento de San Agustín, pero no se graduó de Bachiller en esta facultad hasta el año de 1800. En el de 1796 comenzó en México la carrera de Jurisprudencia, viviendo en el Colegio de San Pablo, y siguiendo como capense los cursos de aquella facultad: á sus adelantos contribuyó mucho su hermano Don Manuel, que murió por 1840, siendo Magistrado en el Tribunal de Morelia. Aplicóse también á traducir el francés, y una feliz casualidad hizo que le conociese el Dr. Don Antonio Labarrieta, que era á la sazón colegial de Santos. Hízole ir á verle al colegio de Santos, en donde comenzó su práctica forense con el mismo Labarrieta, á quien siguió á Guanajuato, de donde le hicieron Cura. Bustamante había ganado también la gracia del Virrey Azanza por una inscripción latina que le presentó para que se pusiese á la entrada del paseo de su nombre que se estaba entonces formando, y que ahora es conocido con el de "Calzada de la Piedad." El Virrey se

Don Anastasio Lara se denunció á sí mismo Estéban de Castro, como instigador del asesinato para vengarse de la familia de los Quijanos, que no le habían dejado casar con una señora de ella: el ejecutor del crimen fué Manuel Alfonso López. El Castro había sufrido tormento por tiempo ilimitado, que le dejó lisiado para toda su vida.

Con tan desfavorables antecedentes, se presentó nuestro Don Carlos á defender el reo: el fiscal del crimen asistió al informe, que duró cuatro días. Bustamante expuso menudamente todas las circunstancias del proceso, y habló con tanto calor, que logró conmover vivamente á los alcaldes de Corte que formaban la Sala. Llegó la vez que hablase el fiscal, quien con noble franqueza, dijo al Tribunal: "El primér día, señor, creí que todo este aparato era una mera ceremonia, y que el abogado de este reo se presentaba á hablar para que esta víctima fuese al sacrificio con todas las solemnidades legales; pero confieso que sus reflexiones han hecho en mi ánimo una impresión profunda y que no esperaba. Veré si puedo rebatirlas; y entre tanto, suplico á V. A. remunerere los afanes del abogado con mil pesos del fondo de penas de Cámara para que su conducta sea imitada por otros abogados; pediría mayor suma, si los fondos no estuviesen hoy escasos."

Por aquel tiempo contrajo matrimonio con Doña Manuela Villaseñor, hermana del Lic. Don Manuel Villaseñor, defensor que fué del abogado Ferrer en 1811, é hija del reputado abogado Don Ignacio Villaseñor y Cervantes.

Tan grande fué el efecto que produjo la empeñada defensa de Bustamante, que al pronunciarse el fallo, la sentencia salió por dos veces en disocrdia, y el reo salvó por fin la vida, condenándosele á diez años de cárcel. La celebridad que dieron á Bustamante esta causa y otras que defendió, le proporcionó entrar en relaciones con las personas principales de la capital en aquel tiempo, y antes las había tenido en Guajuato con el Cura Hidalgo, y había conocido también al Intendente de aquella ciudad, Don Juan Antonio de Riaño, de quien ha hecho en sus obras el más merecido elogio.

En el año de 1805, emprendió Bustamante la publicación del "Diario de México," que permitió con dificultad el Virrey Iturrigaray, y cuya dirección se dió al Alcalde de Corte Don Jacobo de Villaurrutia: mil obstáculos tuvo que superar, nacido de la censura que el Virrey hacía por sí mismo. Este periódico contribuyó no poco al cultivo de la poesía en México, insertándose en él frecuentemente muchas composiciones verdaderamente estimables, de diversos au-

tores, que con este motivo se dieron á conocer.

Llegamos ya á la revoluci3n de 1810, en que nuestro Don Carlos hizo un papel tan principal. Particip3 como todos, del entusiasmo que despert3 en M3xico la noticia del levantamiento de Espa1a contra los franceses; y excediendo á los dem3s en sus muestras de adhesi3n, hizo acu1ar á su costa una medalla conmemorativa de la uni3n entre mexicanos y espa1oles. Mud3 bien presto el aspecto de las cosas, y con la pris3n del Virrey Iturrigaray y la del Lic. Verdad, amigo y protector de Bustamante, y mucho m3s con la muerte del 3ltimo, cambi3 enteramente Don Carlos de partido, y abraz3 con ardor la idea de la Independencia. Fu3 invitado por Allende para tomar parte en el movimiento que se preparaba; neg3se á ello, y cuando estall3 la revoluci3n se mantuvo tranquilo, pero auxili3ndola bajo de mano de cuantos modos pod3a. Publicada en Septiembre de 1812 la Constituci3n de C3diz, fu3 Don Carlos uno de los primeros en hacer uso de la libertad de imprenta, publicando un peri3dico intitulado "El Jugueteillo," pero habi3ndose suspendido poco despu3s por el Virrey la libertad de imprenta, y sabedor de que otro periodista hab3a sido preso, tem3 por su seguridad y fu3 á ocultarse en la casa del Cura de Tacubaya: desde all3, y acompa1a-

do de su esposa, Do1a Manuel Villase1or, march3 para Zacatl3n, punto ocupado por Osorno. A su llegada encontr3 todo aquello en la mayor confusi3n; y aunque hizo grandes esfuerzos para introducir alg3n orden, apenas pudo conseguir que se arreglase una corta fuerza. Disgustado por tantos des3rdenes, y por ciertos desaires que recib3, pas3 á Oaxaca, recientemente ocupada por Morelos; 3ste no se encontraba all3; pero sabiendo la llegada de Bustamante, le di3 el empleo de Brigadier y le nombr3 Inspector general de Caballer3a. Cargos eran 3stos que cuadraban muy mal con las disposiciones poco marciales de nuestro Don Carlos: sirvi3los, sin embargo, con empe1o, y logr3 organizar en Oaxaca un regimiento de caballer3a cuyo mando tom3, pero inclinado siempre á escribir para el p3blico, continu3 redactando en Oaxaca el "Correo del Sur," peri3dico que hab3a establecido el Dr. Herrera. La instalaci3n del Congreso de Chilpancingo por Morelos, hizo dejar á Don Carlos la carrera de las armas, habiendo sido nombrado para representar á M3xico en aquella Corporaci3n: escribi3 el discurso con que Morelos hizo la apertura de las sesiones; y cediendo á la opini3n de 3ste, redact3 el acta en que se declar3 la Independencia, á pesar de que su opini3n particular era que se continuase con el enga1o de tomar el nombre de Fernando VII.

ocultándose en un rancho de Acatlán, donde corrió nuevos peligros. La prisión de Rosains por el General Terán en la noche del 16 de Agosto de 1815, proporcionó alguna seguridad á Bustamante, quien regresó á Tehuacán: ocurrió poco después la derrota y prisión de Morelos, y en seguida la toma del Cerro Colcrado: sometido ya todo aquel país al Gobierno español, intentó Don Carlos por segunda vez embarcarse en Nautla, y se dirigió hacia allá; pero la barra había sido tomada por los españoles; quiso ir entonces al fuerte de Palmillas, pero también se había apoderado de él el Coronel Hevía. En tal conflicto, rodeado por todas partes de tropas españolas, y en peligro inminente de caer á cada momento en manos de sus enemigos, no le quedó á Bustamante otro partido que el resignarse á pasar por las hordas caudinas del indulto, como lo verificó muy á su pesar, presentándose el 8 de Marzo de 1817 al destacamento del Plan del Río. Conducido á Veracruz, no pensó más que en proporcionarse los medios de emigrar á los Estados Unidos: ayudáronle en su fuga algunos españoles de Veracruz, que en todas sus calamidades le sirvieron de apoyo, y á quienes conservó Bustamante un eterno agradecimiento. Arreglado ya todo, se embarcó el 11 de Agosto en un bergantín inglés de guerra que estaba en el puerto: al día siguiente fué el Ca-

pitán del puerto con una partida de tropa de marina á sacarlo preso, como lo verificó, á pesar de haberse abrazado del pabellón inglés, sin tener tiempo más que para entregar á unos guardias marinos, cinco cuadernos en que tenía escrita la historia de la revolución, y quedó muy satisfecho con que puestos estos papeles en manos del Almirante de Jamaica, por este medio sabría la Europa los sucesos de México, y consiguiendo así Don Carlos, su principal deseo.

Bustamante fué trasladado al castillo de San Juan de Ulúa, y puesto incomunicado en un pabellón con centinela de vista. Trece meses permaneció en tal estado, permitiéndosele solamente al cabo de algún tiempo, dar un paseo diario de dos horas, sobre la muralla, acompañado de un vigilante. Formósele causa por haber intentado salir del país sin permiso del Gobierno, la que vista por dos veces en Consejo de Guerra, salió ambas en discordia; y remitida á la Sala del crimen, el fiscal pidió que el reo fuese confinado á Ceuta por ocho años. Proporcionáronle medios de subsistencia en esta larga prisión, el Gobernador Dávila y los mismos españoles generosos que le habían facilitado su evasión. En 2 de Febrero de 1819, le sacaron del castillo declarándola la ciudad de Veracruz por cárcel, bajo la fianza de un español, hasta que publicada la Constitución, la Sala del crimen le de-

claró comprendido en la amnistía concedida por las Cortes, las cuales le nombraron individuo de la Junta de censura de libertad de imprenta en México, á propuesta de Don Manuel Cortazar, diputado en ellas. Durante su permanencia en Veracruz, con el ejercicio de la abogacía, no sólo estuvo bien Bustamante, sino con sobra de dinero, consultándole muchas veces como Asesor del mismo Gobernador Dávila. Proclamada en Iguala la Independencia, á la que contribuyó escribiendo á Guerrero para que obrese de acuerdo con Iturbide, salió Bustamante de Veracruz, y en Jalapa se reunió á Santa-Anna, quien lo empleó en el despacho de su Secretaría. En Puebla concurreó con el primer jefe, Iturbide, á quien trató de disuadir del cumplimiento del plan de Iguala y tratados de Córdoba que acababa de firmar, empeñándose en convencerlo de que debía dejar todo á la resolución del Congreso que iba á convocar. La franqueza de Bustamante desagradó á Iturbide, y aquél continuó su viaje á México, en cuya capital entró el 11 de Octubre de 1821, después de nueve años de ausencia y de una serie de trabajos y peligros, causados en su mayor parte por los mismos independientes, cuya causa abrazó con tanto ardor y defendió toda su vida.

Nuevas persecuciones le esperaban: publicado por Iturbide el proyecto de convo-

catoria, Bustamante lo impugnó en "La Avispa de Chilpancingo;" fué denunciado en número 5 y el editor reducido á prisión, que sólo duró algunas horas. Instalado en el Congreso el 24 de Febrero de 1822, Bustamante tomó asiento en él como diputado por Oaxaca, y fué nombrado por aclamación Presidente, mientras se hacía la elección de éste, que recayó en Don José Hipólito Odoardo, y ésta fué, según él mismo dice, la mayor satisfacción de su vida. Siguiéronse las desavenencias entre el Congreso é Iturbide, y en la noche del 16 de Agosto fué conducido preso Bustamante al convento de San Francisco, con los demás diputados que se creyeron implicados en la supuesta conspiración contra Iturbide. No sólo recobró su libertad hasta Marzo de 1823, con motivo de la reinstalación del Congreso; y á la caída del Imperio, fué electo de nuevo para el otro Congreso que formó la Constitución federal, á cuya forma de gobierno se opuso Bustamante. En 1827, sufrió una nueva prisión, por haber sido denunciado un papel suyo, y en 1833 estuvo en riesgo de padecer una persecución más seria, cuando el Gobierno de aquella época desterró á gran número de individuos notables, casi todos amigos de Don Carlos, temiéndose él, que corría igual suerte. Con tal motivo publicó para defenderse, una

biografía suya con el título de "Hay tiempos de hablar y tiempos de callar," pero sus temores no se realizaron y le dejaron tranquilo.

En 1827 obtuvo, en recompensa de sus servicios, los honores de Auditor de guerra cesante, y una pensión equivalente al sueldo que antiguamente tenían los auditores. En la elección para organizar el Tribunal Supremo de Justicia, conforme á la Constitución de 1824, obtuvo los votos de varias legislaturas; mas pidió al Congreso no ser colocado en ninguna de las plazas de aquel Cuerpo. Creado por las leyes constitucionales de 1836, el Supremo Poder conservador, Bustamante fué uno de los cinco individuos que lo formaban, y permaneció en esta Corporación hasta que fué destruida por la revolución de 1841, que terminó con las bases de Tacubaya. Es preciso recordar lo que era el poder conservador para conocer la importancia del empleo que desempeñó Don Carlos. Más adelante, el General Santa-Anna le propuso nombrarlo para el Congreso de Estado, creado por las bases orgánicas de 1843, lo que rehusó. La vida de Don Carlos desde 1824 hasta su muerte, se pasó en el Congreso, en el que, con cortos intervalos de retiro, casi siempre estuvo como diputado por Oaxaca, y en la continua ocupación de escribir y publicar la multitud de obras suyas y de diversos autores, que

desde entonces dió á la prensa. El señor García Icazbalceta ha hecho la bibliografía de Bustamnte y á ella remitimos al lector.

En sus últimos años perdió á la esposa que le había acompañado en sus desgracias, y poco tiempo después casó en segundas nupcias con una joven á quien él mismo había educado, y á quien trataba como á hija.

La invasión del ejército de los Estados Unidos en 1847, postró enteramente su espíritu, que hasta entonces había conservado su actividad; y su última obra, que es la historia de aquella invasión, se resentía mucho de este estado de sus potencias. Al mismo tiempo se debilitaron sus fuerzas físicas, y una enfermedad de consunción le obligó á hacer cama, aunque sobreponiéndose al abatimiento de espíritu y de cuerpo que sentía; hacía esfuerzos para mantenerse en pie, y todavía cuatro días antes de su muerte, salió á la calle en silla de manos. Dispúsose para morir cristianamente, y falleció el día 21 de Septiembre de 1848, á los 74 años de edad. Su cadáver fué sepultado en el panteón de San Diego, de esta capital.

Era Don Carlos Bustamante de ingenio vivo y de imaginación ardiente: la educación severa que recibió en sus primeros años, hizo que echasen profundas raíces en su espíritu las ideas religiosas, que nunca

desmintió en su larga vida, y que alguna vez por su exageración declinaron en supersticiones, que le atrajeron no poco escarnio y mofa. En los puestos públicos que ocupó fué irreprochable la conducta de Don Carlos, y la más notable de sus prendas fué el patriotismo más desinteresado y puro, bien que no siempre anduvo muy acertado en el modo de manifestarlo, aunque como hombre cometiera errores, sus intenciones no podían ser más rectas, y la humanidad y gratitud son cualidades que no es posible negarle. Afeaba tan buenas prendas con una credulidad pueril, dejándose arrastrar por la última especie que oía, lo que le hacía ser ligero en formar opinión, inconsecuente en sostenerla y extravagante en manifestarla. A pesar de todos estos defectos, el servicio que prestó á la historia de la Independencia de México, fué inmenso.



DON FRANCISCO OSORNO

De los insurgentes que se lanzaron á la revolución desde el principio de ella, en el rumbo del Oriente de México, fué Osorno el más notable.

Nacido en la provincia de Puebla, tuvo una juventud borrascosa, y según afirma Calleja, había sido ladrón de caminos, por cuyo crimen estuvo procesado en Puebla en 1790; Bustamante sólo dice que se vió en prisiones, sin expresar la causa; el hecho es que se lanzó á la revolución á mediados de 1811, y que habiendo logrado reunir una regular fuerza, ocupó á Zacatlán el 20 de Agosto, al grito de "Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines;" se apoderó de las personas y bienes de los españoles allí residentes y puso en libertad á los presos de la cárcel pública. La Junta de Zitácuaro le envió el nombramiento de

Teniente general, y asociado con Don Mariano Aldama, que por entonces llegó á la comarca, empezó sus expediciones. Como reguero de pólvora prendió la revolución en los Llanos de Apam, Tlaxcala, Norte de Puebla y Nordeste del Valle de México, llegando hasta las lagunas que rodeaban á México, habiendo necesidad de destinar la división de Don Ciriaco del Llano para combatir la revolución de ese rumbo.

Osorno quiso atacar á Tulancingo, pero fué rechazado; dió muerte á Aldama, que era hombre de orden, y quedó como único jefe superior; derrotó á Piedras en Huauchinango y vió aumentado el número de sus soldados con las atrocidades que el realista Llano cometía. Osorno invadió Pachuca y nodió un momento de descanso á las tropas del Virrey, pues aun cuando fuese derrotado se rehacía prontamente; en Pachuca puso en libertad á los presos, pero la mayoría de éstos se presentó inmediatamente á la autoridad, lo que fué causa de que el Virrey los diese libres, así como á los de Tulancingo, por haber ayudado éstos á defender la ciudad. Con varia fortuna atacó Texcoco y otras poblaciones, y la ausencia de Llano, enviado á combatir á Morelos en el Sur, lo dejó en libertad de establecerse sólidamente en Zacatlán. Con el concurso de Beristain, consiguió apoderarse de Pachuca, (Abril de 1812), donde se

hizo de un rico botín que le permitió armar y vestir su ejército y establecer una gran maestranza en San Miguel, inmediato á Zacatlán. El pronunciamiento de Rosains, el de Sesma y de otros caudillos en la misma provincia de Puebla, hizo que la atención de los realistas se dividiese y lo dejasen en paz bastante tiempo. Los triunfos de Morelos durante ese año acabaron por hacer creer á las mismas tropas del Virrey que Zacatlán era una fortaleza formidable, pues ningún jefe consiguió por entonces llegar á ella.

Lo que tenía es estar muy bien situada, pues por el Sur amenazaba á los caminos de Veracruz y por todos los vientos se comunicaba con los insurgentes de otras regiones. Mientras éstos dominaron en ellas, Osorno estaba seguro, pero habiendo sido pacificada la Huasteca y parte de la sierra de Puebla, así como fusilados los Villagrán, aquel jefe ya no estaba muy seguro: Rubín de Celis salió en busca de Osorno, pero éste se adelantó (9 de Enero de 1813), y lo derrotó en Mimiahuapan, atacó por cuarta ó quinta vez á Tulancingo, sin éxito, tuvo que retirarse de frente á Zacapoaxtla (Abril), y al fin se vió obligado á abandonar Zacatlán (19 de Mayo), no teniendo ya á Beristain, á quien hizo fusilar, para que defendiese la plaza. Aun cuando

volvió Osorno á Zacatlán meses después, ya no pudo levantar las fortificaciones.

Nunca estuvo Osorno en buenas relaciones con los jefes superiores, aun cuando aparentemente obedecía sus órdenes; no quiso ir á ver á Rayón ni admitir al Visitador Martínez, que éste envió, y en las diferencias que el Ministro Hidalgo tuvo con Rosains, pretendió mantenerse neutral; no pudo impedir, sin embargo, que Rayón fuese á establecerse en Zacatlán, donde Alconedo estableció una nueva maestranza y otras oficinas militares durante los meses que allí estuvo, pero sí dejó que Aguila sorprendiese á Rayón, que por poco cae prisionero. Este hecho le atrajo la buena voluntad de Rosains, que le pidió su concurso para atacar el convoy que llevaba Aguila (Enero de 1815); no habiéndolo conseguido, el Secretario de Morelos fué derrotado. A los pocos días de este suceso, Rosains fué destituido por Terán y enviado á Osorno, que no queriendo tener más disgustos, lo remitió al Congreso.

Osorno, gracias á la contribución que cobraba á las haciendas de pulque, tenía siempre dinero para pagar su tropa y numerosos jefes que se le reunían cuando los llamaba; debido á ello pudo dar la brillante acción llamada la segunda de "Tortolitas," en la que derrotó á los bien organizados realistas, que con bastantes pérdidas tuvie-

ron que refugiarse en San Juan Teotihuacán; el Virrey llegó á abrigar serios temores por la suerte de la capital y mandó acuartelar la guarnición, á la que puso en movimiento al saber que una partida de insurgentes estaba ya en la villa de Guadalupe. Osorno no supo sacar provecho de su victoria y se contentó con celebrar una gran bacanal en la hacienda de Alzayanga y con que sus tropas le eligiesen Teniente General. Fué ese su último éxito, pues en lo de adelante ya ninguna expedición le salió bien: no pudo tomar á Apam ni ganar la tercera acción de "Tortolitas," por más que en ese punto detuvo á los realistas. Tan activa fué la campaña que Concha emprendió contra Osorno, que después de arruinar uno y otro el país, pues todo lo arrasaron, y de combatir tan encarnizadamente, que había días en que tenían dos encuentros, el segundo tuvo que ir á Tehuacán á ampararse de Terán, mientras que muchos de sus subalternos se indultaban.

Este jefe lo envió á atacar al nuevo Virrey, Apodaca, que venía en camino, y al que puso en grave conflicto, pero no pudo evitar que días después fuese derrotado Osorno en las lomas de Santa María, última acción en que se encontró. Capitulado Terán en Tehuacán, Osorno no tuvo más remedio que solicitar el indulto (Enero de

1817), recibiéndolo en San Andrés Chalchicomula al grito de ¡Viva el Rey!, dado por su tropa. Con él se indultaron muchos oficiales y algunos centenares de soldados. Osorno se retiró á vivir á un rancho de su propiedad y la provincia de Puebla, que él había sublevado, quedó pacificada con su sumisión. A fines de 1820 hubo en los Llanos de Apam una conspiración y Osorno fué acusado de complicidad, pero aunque Concha hizo una pesquisa muy severa y dió tormento á varios de los acusados, nada se le pudo probar al antiguo insurgente, que fué, sin embargo, condenado á destierro por diez años, del Reino, sentencia que no llegó á cumplirse por causa de la revolución de Riego en España, que restableció la Constitución. Tomó Osorno parte insignificante en el movimiento de Iturbide, y después de la Independencia siguió viviendo tranquilamente en los Llanos, hasta su muerte, ocurrida en la hacienda de Tecoyuca el 20 de Marzo de 1824. Está enterrado en la Parroquia de Chignahuápan.



DON JOSE MARIA LOBATO

Muy escasas son, por cierto, las noticias que hay de este insurgente, que tanto figuró en las revoluciones de los primeros años de hecha la Independencia, y no sabemos que se haya escrito su biografía.

Hizo toda su carrera militar por escala, sentando plaza de soldado en el Regimiento de Tres Villas, y por primera vez se le cita en 1811, cuando en Mayo de ese año fué el Comandante Don Juan Bautista de la Torre á atacar á Don Benedicto López, que se había hecho fuerte en Zitácuaro; entre las tropas que llevaba se contaba una parte del Regimiento de Tres Villas, del que era Cabo Lobato, el cual cayó prisionero cuando su jefe fué derrotado. Abrazó el partido insurgente y desde entonces sufrió todas las vicisitudes á que se vieron expuestos los que guerreaban en Michoacán. Militó á